



«Esa misma noche la pasamos en una palloza, por cuyo techo calado se descubría una luna tersa y formidable». / IMAGEN M.A.S.

LA VÍA LÁCTEA



«Recuerdo a un polaco taciturno que rogaba por la salvación de su hija»

Por Luis Grau

A salvo del olvido

Recuerdo una mañana radiante de finales del verano de hace veintitrés años, un horizonte colosal, ánimo desbordante y un empeño difuso por caminar hacia donde se pone el sol por la simple razón de que otros mu-

frondoso, y nos siguió durante dos días. Le llamamos «Ofrecido» e igual que vino, una mañana se fue, sin más. Al día siguiente, otro perro mordió a mi compañero en un zapato y a partir de ahí usamos un palo para caminar.

Recuerdo a un holandés que nos contó su historia de infortunios y le prestamos algo de nuestro escaso dinero con la promesa de que nos lo devolvería en una cita que tendría lugar ya en Santiago. Le recuerdo, de nuevo, en la hospedería de un monasterio, cortejando a una rusa hasta su dormitorio. Más tarde nos dijeron que le habían visto con ella por las calles de Compostela y que, en realidad, vivía desde hace años en el Camino, trampeando a los peregrinos, que le llamaban, cómo no, el «holandés errante».

Recuerdo la gresca entre unos

franceses y un paisano del Cebreiro que les reclamaba el pago de una acémila despeñada durante la empinada ascensión al monte. El cadáver del burro alquilado apenas se vislumbraba con la luz del crepúsculo, allí donde terminaba el reguero de las pertenencias que había cargado, desperdigadas por las últimas cuestas del puerto.

Recuerdo que esa misma noche la pasamos en una palloza por cuyo techo calado se descubría una luna tersa y formidable, y me acuerdo de que una argentina estafalaria que arrastraba en lugar de petate un carrito de la compra con el que hacía autostop por la Nacional VI, arrullaba nuestro sueño explicando el signo astrológico de esa noche perfecta y del Camino con un entusiasmo desquiciado y puro.

Recuerdo a un anciano subido a una bicicleta que llegaba desde Bremen para expiar su participación como recluta en el ejército nazi durante los últimos meses de la última guerra mundial, cuando apenas era un joven imberbe. Y a un polaco taciturno que rogaba por la salvación de su hija, afectada por el síndrome que el estallido de una central nuclear soviética había llevado hasta su casa.

Recuerdo a un carlista vocinglero y a un hospitalero fisgón, a un barbero decimonónico, a una abuela consumida que nos regaló unas manzanas y a un industrial bilbaíno y bebedor que regresaba andando a su tierra y pretendía volver de nuevo caminando a Santiago en cuanto la alcanzara, tal era su arrebatado por la ruta, decía.

El cadáver del burro alquilado apenas se vislumbraba con la luz del crepúsculo

En el trastero de mi casa guardo aún una vieja mochila que contiene un pañuelo

Recuerdo la zancada montaraz de mi compañero los primeros días de andadura y su desánimo la jornada en que sufrió el embate de la extenuación. Me recuerdo pasando por el mismo aprieto, pero no el mismo día. Ambos nos animamos recíprocamente a seguir. Y seguimos.

Recuerdo dormir, o intentarlo, en una casaca de piedra en ruinas con vigas caídas a nuestro alrededor y los alambres oxidados de un camastro junto a la cabeza. También pernoctamos en las gradas de un polideportivo cuya pista entarimada el Ayuntamiento no permitía pisar. Y en una escuela abandonada y con los ventanales rotos en la que tuvimos que barrer los cristales del suelo para acostarnos. Y en una vieja casucha que los quintos usaban para sus festejos, embadurnada con frases soeces en las paredes...

Recuerdo el sabor de la leche recién ordeñada y cómo tuve que vomitarla por haberla tragado de una vez sin pensar que era leche de verdad. Y la noche que cayó sobre nosotros antes de que terminásemos la marcha, y el pavor que provocaban entonces los sonidos del monte, la total oscuridad, y lo que nos pareció aullido de lobos a las afueras de una aldea gallega cuyas tenues luces nos concedieron al fin un júbilo infinito y primario.

Recuerdo que entramos en Santiago sin dinero y sin tabaco y que, en una de sus primeras calles, encontramos una moneda que nos sirvió para comprar los pitillos sueltos que fumamos en la plaza del Obradoiro: qué milagro.

Recuerdo una última tarde en la ciudad, sentados en la escalinata de la «Quintana dos mortos», contemplando un moroso atardecer pretoñal, cuando aún escudriñábamos los rostros de los viandantes queriendo reconocer al holandés, más que por recuperar nuestro dinero, por conocer el resto de su historia...

Recuerdo que en el trastero de mi casa guardo aún una vieja mochila que aún contiene un pañuelo, regalo de una novia que tenía, la concha de «vieira» que compré, robé o cuyo contenido comí en Compostela, las botas que un amigo me prestó y un impermeable enorme y oscuro como aquella noche de lobos...

Recuerdo cosas que fueron verdad, pero que relucen con el fulgor de las mejores mentiras. De aquellas que nos hemos llegado a creer. De esas que nos han hecho como somos.

40 miradas al Camino (13)

LUIS GRAU LOBO

Nacido hace 44 años en Valladolid, es arqueólogo e historiador. Dirige el Museo de León desde 1990. Ha publicado varios libros y artículos, en especial estudios históricos, guías de viaje y reflexiones acerca de los museos, además de algún trabajo sobre la peregrinación. Hizo el Camino de Santiago en 1987 y en 1992. Es experto en la Ruta jacobea.

chos lo habían hecho antes y queríamos saber por qué.

Recuerdo que un perro famélico nos adoptó enseguida, mientras atravesábamos un valle recluso y

Lo que necesitan urgentemente

NO SON UNOS ZAPATOS

lo que necesitan, es tener una vida digna.

APADRINA UN NIÑO
contribuye al desarrollo de su comunidad.

+ de 25 años
disminuyendo
diferencias

Ayuda en Acción
www.ayudaenaccion.org
902 402 404

